EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA CARTA Y EL GUARDAPELO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2
1869.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vien solo.
Bondades y desventuras
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un malo!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amos.
Con el diablo á cuchillas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte
Vara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa..
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
¡Está loca
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey Rene.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los extasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las aparencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoria
La calle de la Montera
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.

LA CARTA Y EL GUARDAPELO.

ORRAS DEL MISMO AUTOR.

TÍTULOS.	ACTOS.
La providencia, drama........................	3
La resurreccion de un hombre, drama.......	3
La ley de represalias, drama.................	3
Al mejor cazador, comedia..................	3
Una llave y un sombrero, comedia...........	3
La consola y el espejo, comedia.............	3
Dos cartas y un caracol, comedia............	3
El capellan de las monjas, drama............	3
La sombra de Torquemada, comedia.........	3
El poder de un falso amigo, comedia.........	3
La banda de capitan, drama..................	1
Cenar á tambor batiente, comedia............	1
Ninguno se entiende, comedia.	1
Llueven hijos, comedia......................	1
Acertar por carambola, comedia.............	1
Por tenerle compasion, comedia.............	1
La gallina ciega, comedia....................	1
La puerta y el postigo, comedia.............	1
Pólvora en salvas, comedia..................	1
Contra viento y marea, drama	1
Jaque-Mate, comedia........................	1
La carta y el guardapelo, comedia...........	1

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

TÍTULOS.	TOMOS.
La capa del rey García, novela..............	1
Revolucion de España, desde la muerte de Fernando VII hasta el convenio de Vergara.....	6
Movimiento popular de 1854.................	1
Grandes hechos de la Historia Universal (obra ilustrada)................................	6
La Iglesia católica en América...............	1

LA CARTA Y EL GUARDAPELO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

Estrenada en el teatro Español el dia 9 de Marzo de 1869.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ISABEL	STA. MARTINEZ.
ELISA	SABATER.
VALENTINA	CORONA.
DON FERNANDO	SR. FERNANDEZ.
SALVATIERRA	CALVO.
PEPITO	STESO.
SOTILLO	MARTINEZ.

La accion pasa en Madrid.—Época actual.

Las indicaciones del lado del actor.

ACTO ÚNICO.

Sala. Puerta en el foro que conduce á la calle. Dos á la derecha y una á la izquierda. Una ventana en segundo término. Muebles y adornos regulares. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

SOTILLO.

Aparece asomado á la ventana con una jaula de loro en la mano.

¡Niña! ¡Cotorrita! Vuelve á tu jaula, querida! Nada, no me hace caso. ¡Se va!... Ya entra por la ventana del cuartel... ¡Niña!... El tambor mayor la ha visto y le echa mano! ¡Eh! ¡Señor sargento! Sujétela usted, que voy por ella en este momento. No me hace caso... cierra la ventana y se la lleva. (*Se aparta de la ventana.*) Es necesario que acuda pronto y se la pida, ántes que la señora se entere... Hé aquí un animal á quien he tomado aficion. La niña, como la llaman en casa; la cotorra más habladora que he conocido desde que tengo uso de razon... Ese animal prodigioso es el que me tiene enclavado en esta casa. Á no ser por la niña, ya me hubiera ausentado de ella, por no aguantar las

impertinencias del ama y los abusos de su doncella. Es verdad que la cotorra se ha dado á querer; y se ha hecho acreedora á este sacrificio, porque hemos simpatizado. ¡Yo he simpatizado con un animal, y un animal ha simpatizado conmigo! y de aquí saco yo una consecuencia, y es la de que los animales forman raciocinios. Si yo no hubiera tenido condiciones de simpatía, ese animal no me hubiera colocado en el número de sus afecciones.—Frente á nuestra casa tenemos un cuartel de infantería. La niña ha aprendido á tocar el tambor, y la trompeta, y manda el ejercicio, y cuando ve al tambor mayor, le conoce y se va con él, como ahora lo ha verificado. Luego este animal simpatiza con los militares.

ESCENA II.

SOTILLO, VALENTINA.

VAL. ¿Qué hace usted con esa jaula en la mano?

SOTILLO. Vine por la cotorra; es decir, por la niña, como ustedes la llaman; abrí la puerta para hacerle una caricia; se salió; voló y se ha entrado por una de las ventanas del cuartel de enfrente, y me preparo para pasar allá y reclamarla.

VAL. ¿Es decir, que para usted no hay mas que hacer en la casa que cuidar de la cotorra?

SOTILLO. No señora; hay distintas ocupaciones, diferentes obligaciones; pero esta tiene á mis ojos una involuntaria preferencia. Todos los hombres tienen debilidades. Yo he tenido la desgracia de enamorarme de una cotorra.

VAL. Es usted lo más extravagante que he visto en el mundo.

SOTILLO. Se conoce que ha visto usted el mundo por un agujero.

VAL. ¿Por qué lo dice usted?

SOTILLO. Porque hay seres más extravagantes que yo. Comprendo que lo lógico hubiera sido, que en vez de enamorarme de una cotorra, me hubiese enamorado de una mujer... por ejemplo, de usted, á quien veo todos los

dias. Pero no he tenido esa debilidad.

VAL. Mucho hubiera sentido que hubiese usted caido en esa tentacion.

SOTILLO. No señora; el demonio suele tentarme pocas veces

VAL. No sea usted animal.

SOTILLO. Estimando, prenda. Eso me dice la señorita á cada momento; y usted lo ha aprendido de ella; lo mismo ha hecho la cotorra; luego usted y la cotorra son dos animales que tienen memoria, entendimiento y voluntad.

VAL. ¿Qué ha dicho usted?

SOTILLO. Las tres potencias del alma.

VAL. ¡Qué barbaridad?

SOTILLO. ¿Barbaridad? Se conoce que no sabe usted la doctrina cristiana.

VAL. Mejor que usted.

SOTILLO. Está usted dando pruebas de lo contrario.

VAL. (Furiosa.) ¡De lo que estoy dando pruebas es de mi paciencia! ¡De mi bondad! No sé cómo no le araño la cara! Valla usted pronto á buscar la cotorra.

SOTILLO. No se sulfure usted con tanta violencia, Valentina. Reserve usted la energía de sus pulmones para cosas más dignas y levantadas.

VAL. Es usted necio hasta dejarlo de sobra.

SOTILLO. Luego la necedad es susceptible de resíduos.

VAL. No quiero responderle porque no entiendo lo que usted me dice. Y vaya usted por la cotorra ántes que venga el señorito, y pregunte por ella.

SOTILLO. ¿Conque esperan al señorito? Me alegro.

VAL. ¿Quiere usted no ser machaca y hacer lo que le digo?

SOTILLO. Sí señora; ya me voy. Aprovecho este momento para saludar á usted con los respetos de mi más distinguida consideracion. (Coge la jaula, saluda y váse.)

ESCENA III.

VALENTINA.

¡Qué aversion tan grande profeso á este hombre sin

poderlo remediar! Y es el caso que no entiendo la mitad de las cosas que me dice. Habla de una manera tan extraña; ya se vé, como está estudiando para ser veterinario... para ser albitéar, como antiguamente se decia, que ahora todas las cosas tienen distinto nombre. Aquí se acerca la señora.

ESCENA IV.

VALENTINA, ISABEL, que sale vestida de tiros largos.

ISABEL. (Mirándose al espejo.) ¡Qué trabajo me ha costado hoy el arreglo del peinado y del adorno. Ha tenido hoy la peinadora unas manos infernales!

VAL. Pues no está usted mal peinada.

ISABEL. (Separándose del espejo.) ¿Qué te parece hoy mi cabeza?

VAL. Muy elegante.

ISABEL. Este es el peinado que mejor me sienta, ¿no es verdad? Hija, es necesario componerse para agradar á su marido.

VAL. Pero usted no necesita de esas cosas...

ISABEL. No soy mal parecida, lo sé; pero dice el adagio, que la mujer compuesta quita al marido de la otra puerta. (Paseando y mirándose los pliegues y la cola del vestido.)

VAL. Ademas, usted me ha dicho que su marido es muy bueno, muy consecuente.

ISABEL. Muy bueno. Mas es necesario no ser tan confiada, que se pierda por negligencia lo que más seguro se creia poseer. ¿Qué te parece el color de mi vestido?

VAL. Precioso; muy delicado

SABEL. Á mi marido le gustan las medias tintas, por eso eleg este, que me lo ha sacado la modista pintado, ¿no es verdad?

VAL. Sí señora, muy airoso.

ISABEL. Á mi marido le gusta mucho el cuerpo ajustado y delgada la cintura. Lo que no le gusta es la cola.

VAL. Toma, lo que es la cola... Á ningun hombre le gusta la cola.

ISABEL. Pero yo me la sé recoger. (*Se recoge la cola y muestra el pie.*) ¿Qué te parece el calzado?

VAL. ¡Hola! botita imperial!

ISABEL. Á mi marido le gusta mucho la bota imperial.

VAL. Señorita, se me figura que está usted enamorada de su marido.

ISABEL. Le quiero mucho. Él se hace digno de mi cariño. ¡Y si no fuera tan celoso! Tiene un carácter tan irritable algunas veces... Luego la cuestion de su sobrina...

VAL. ¿De la señorita Elisa? ¿De esa jóven con quien usted sale á pasear algunas veces?

ISABEL. ¡Si mi Fernando lo supiera, llegaria al colmo de su enojo, su furia!

VAL. ¿Es posible? ¿Pues qué ha hecho esa pobre señorita?

ISABEL. Una locura propia de su edad, que no hay para qué referir. Pero estoy trabajando mucho para establecer las paces. Voy á ver si logro casarla con Salvatierra.

VAL. Con ese jóven que suele venir algunas veces...

ISABEL. Y al que yo recibo siempre con mucho gusto, porque tiene muy buena educacion, porque es de muy buena familia, y ademas, es amigo de mi marido. Pero es tan cobarde, tan tímido...

VAL. ¿Es tímido?

ISABEL. Mucho; yo he conocido que está enamorado de Elisa y le he alentado con insistencia para que se declare á ella. Seria una buena boda. Es jóven y rico; y ella saldria del poder de su abuelo, y dejaria de ser pupila de mi marido. (*Suena fuera una campanilla.*) ¡Han llamado! ¿Será Fernando?

VAL. Me parece muy pronto.

ISABEL. Abre corriendo.

VAL. Voy volando. (*Váse por el foro.*)

ESCENA V.

ISABEL.

Si estuviese segura de que era él, me esconderia para

sorprenderle con un fuerte abrazo.—Pronto sabremos... ¡Un mes de ausencia! ¡ahí es nada! (*Mirándose al espejo.*) ¡Me gusto! Seré bien recibida. (*Sale Valentina precipitada.*)

ESCENA VI.

VALENTINA, ISABEL, ELISA, PEPITO.

VAL. Señorita!

ISABEL. (*Volviéndose.*) ¿Es mi esposo? ¿Es mi Fernando?

VAL. No, señora.

ISABEL. ¿Pues quién es? Alguna visita importuna...

VAL. Es la señorita Elisa.

ISABEL. Que se vaya! Que no entre! Que estoy esperando de un momento á otro á Fernando, y si la ve, se va á poner furioso.

VAL. Déjeme usted hablar.—Viene llorando con el velo echado y acompañada de un jóven, que trae la levita rota por los faldones, desgreñado y la cara arañada.

ISABEL. ¿Qué quiere decir eso, Dios mio?

VAL. Ellos se lo dirán á usted, puesto que se aproximan. (*Salen Elisa con velo echado, Pepito sin sombrero y como lo ha descrito Valentina.*)

ELISA. (*Echándose en los brazos de Isabel.*) ¡Favorezca usted á una desventurada criatura, tia de mi corazon!

ISABEL. ¿Qué pasa?

VAL. ¡Qué cuadro!

ISABEL. Habla; no llores.

ELISA La agitacion, el dolor me despojan de la palabra.

ISABEL. ¿Y quién es este caballero?

PEPITO. Señora! yo me llamo Pepito Pares-y-Nones.

VAL. ¡Qué apellido!

PEPITO. Soy un funcionario público; es decir, escribiente en Rentas estancadas, con trescientos escudos ánuos.

ISABEL. ¿Y por qué viene usted acompañando á mi sobrina, y á estas horas?

PEPITO. Señora, para los hombres de mi temple, todas las horas

son hábiles para ecompañar á una jóven.

VAL. ¡Qué figura!

ISABEL. (Á Elisa.) ¿Pero cómo has venido?...

PEPITO. En coche.

ISABEL. ¿Con usted?...

PEPITO. Sí, señora; pero bajo la forma de una prudencial division. Ella ha venido dentro, y yo en el pescante con el cochero. Los hombres de mi temple hacen las cosas de esa manera.

ISABEL. ¿Pero no podré saber lo que ocurre? Habla, Elisa.

ELISA. (Arrojándose en un sillon.) No puedo hablar, el dolor me ahoga. Qué hable por mí don Pepito.

ISABEL. Señor... don Pepito, ya oye usted lo que dice mi sobrina.

PEPINO. He oido que me cede el uso de la palabra, y me dispongo á complacer á ustedes.

ISABEL. Sepamos, y pronto.

PEPITO. Pues bien; sepa usted que yo, por mi desgracia, me enamoré de Elisa en los Campos Elíseos, una noche en que daba Barbieri un concierto mónstruo.

ISABEL. Pero diga usted lo esencial, sin perifraseos...

PEPITO. Señora, los hombres de mi temple acostumbran á referir las cosas desde su orígen.

ISABEL. Prosiga usted.

PEPITO Allí revelé á esta jóven mi atrevido pensamiento. ¡Quién hubiera pensado que aquella que me hacia estremecer de gusto al leve contacto de su oculto miriñaque, habria, andado el tiempo, llenado la copa de los sinsabores!

ELISA. (Poniéndose en pie y con acento dramático.) ¡Don Pepito!

PEPITO. Señorita, escuche usted resignada las recriminaciones del ofendido.

ISABEL. (Con enfado.) ¿Pero han venido ustedes á mi casa á representar una comedia?

PEPITO. ¡Comedia! ¡oh, profanacion! Observe usted las ensangretadas ondulaciones de mi rostro. Los estragos que han practicado en mi levita los arrebatos de un rival. Estas no son consecuencias de una comedia, si no de un

drama trágico.

VAL. (Me hace reir este muñeco.)

ISABEL. Lo que me importa saber es lo que ha pasado esta noche, y por qué han venido á mi casa.

PEPITO. ¿Es decir que usted se resiste á escuchar el argumento de este drama con todos sus accidentes y peripecias? ¿Quiere usted saber el desenlace sin hacerse cargo de la exposicion? ¿Cuál será entónces el fallo?

ISABEL. Señor...

PEPITO. Pares-y-Nones.

ISABEL. Señor Pares-y-Nones, ó usted compendia su discurso, ó se va de mi casa.

PEPITO. La disyuntiva es terminante. Acepto lo primero.

ISABEL. Pues hable usted.

PEPITO. Yo he compuesto un melodrama en seis actos y diez y ocho cuadros. Se lo dije á Elisa, y me citó esta noche en su casa para ese objeto, aprovechando la ausencia de sus abuelos.

ISABEL. (Á Elisa.) ¿Es eso cierto?

ELISA. Sí, todo es verdad.

ISABEL. (Reprimiéndose.) Adelante, caballero.

PEPITO. Nos sentamos en el sofá con un velador por delante y una palmatoria, y cuando más entusiasmado recitaba la escena más interesante de mi obra, penetra inopinadamente en la sala un jóven llamado Salvatierra...

ISABEL. ¡Salvatierra!

PEPITO. ¿Usted le conoce?

ISABEL. Sí, señor; prosiga usted.

PEPITO. Penetra, como he dicho; nos mira, reconviene á esta señora, me insulta, me provoca, le respondo, me contesta, me levanto, me despedaza el drama, me llena de dicterios, nos agarramos, se apaga la luz de la palmatoria, sufren mis cabellos, mi cara, mi levita; salimos á la calle, Elisa detrás de nosotros, vienen los abuelos, huye mi rival, huye Elisa temiendo el enojo de la senectud, me pide amparo, me suplica que la conduzca á esta casa, llamo á un cochero, entra, yo subo al pes-

cante, llegamos, y usted ya ha presenciado los vestigios de esta descomunal batalla. Ahora sea usted juez y falle.

ISABEL. Mi fallo será muy lacónico. En primer lugar, se marcha usted de mi casa en este momento.

PEPITO. Permítame usted que le diga que lo que determina está en desacuerdo con los preceptos de la equidad y de la justicia.

ISABEL. No admito contestaciones. Váyase usted.

PEPITO. Elisa me debe una explicacion. Ella me ha dicho que es inocente, y yo quiero que me satisfaga.

ISABEL. Y yo no lo consiento.

ELISA. (Á Isabel.) No le trate usted de esa manera.

ISABEL. (Á Elisa.) ¡Usted guarda silencio... Luego hablaremos nosotras.

PEPITO. Pero háblele usted en mi presencia, es el mejor modo...

ISABEL. No insista usted. Váyase usted de mi casa, pues su permanencia puede comprometerme.

PEPITO. Ante esas frases no encuentran resistencia los hombres de mi temple. Quiero obedecer á usted... Pero si salgo de esta manera, me expongo á llamar la atencion de alguna pareja de veteranos si me ven sin sombrero... ¿No tendria usted á mano alguno que poderme prestar?...

ISABEL. Valentina.

VAL. Señora.

ISABEL. Trae á este caballero aquel sombrero de mi marido que quise tirar á la basura.

VAL. Sé donde está; voy por él.

ESCENA VII.

ISABEL, ELISA, PEPITO.

PEPITO. Doy á usted gracias por su fineza. Entre el basurero y mi persona, la eleccion no es dudosa.

ISABEL. No tengo otro, señor mio.

PEPITO. Se comprende: de otro modo seria usted más delicada

en sus donativos.

ISABEL. Tengo deseos de que se vaya usted... Los minutos se me figuran horas.

PEPITO. (Á Elisa.) Ya ve usted, Elisa, la imposibilidad material que hay de podernos explicar.

ELISA. Lo veo... ¡Soy muy desgraciada!

PEPITO. (Á Isabel.) Ya, señora, que no me es permitido permanecer, consienta usted en que Elisa se asome á esa ventana. (Señalando.) Yo revelaré mis quejas y ella dirá sus descargos.

ISABEL. ¡Jamás!

ELISA. (Á Isabel.) Consienta usted.

ISABEL. ¡Silencio, señorita! ¿Qué se entiende?

ESCENA VIII.

ISABEL, ELISA, PEPITO, VALENTINA, que sale trayendo un sombrero de copa muy deteriorado y de forma antigua.

VAL. Aquí está el sombrero. (Dándoselo á Pepito.)

ISABEL. Ya tiene usted lo que deseaba. Váyase usted.

PEPITO. (Mirando el sombrero.) Déjeme usted contemplar su agasajo... Hizo usted bien en conservarle; eso revela su prevision.

ISABEL. ¿Pero no se marcha usted?

PEPITO. Permita usted que me lo pruebe. (Se pone el sombrero, que le estará chico.) Señora, se conoce que su esposo de usted tiene cabeza de angelito.

ISABEL. Repito á usted que se vaya.

PEPITO. ¿Conque no quiere usted que yo diga á Elisa mi última resolucion?

ISABEL. No señor.

PEPITO. Ella la sabrá por escrito. Este es un cuarto bajo elevado. Por esa ventana arrojaré una carta que revelará mi pensamiento.

ISABEL. No abuse usted más tiempo de mi bondad, porque me veré precisada á tomar una determinacion más violenta.

PEPITO. Me voy, señora; me voy. ¡Adios, Elisa! Por tí llevo despedazado el corazon... y mi levita.

ELISA. ¡Qué desgraciada he nacido!

ISABEL. (Á Pepita.) ¿Se va usted, ó llamo á un criado para que le arroje de casa? Llama á Sotillo, Valentina.

PEPITO. (Sujetando á Valentina.) No llame usted á nadie, que ya me ausento. Los hombres de mi temple no miden sus fuerzas con ningun doméstico.

ESCENA IX.

ISABEL, VALENTINA, ELISA.

ISABEL. ¿Es cierto todo lo que ha referido ese muñeco?

ELISA. No le dé usted un calificativo tan denigrante.

ISABEL. ¿Valentina?

VAL. ¿Señorita?

ISABEL. Vete y ponte en acecho para avisar si mi marido llega.

ELISA. ¡Dios mio!

VAL. (Yéndose.) Está muy bien.

ESCENA X.

ISABEL, ELISA.

ELISA. ¿Espera usted á mi tio?

ISABEL. Que llegará de un momento á otro, y que es necesario que no te halle en casa, pues ya sabes lo que sucederia.

ELISA. ¡Sáqueme usted de este conflicto!

ISABEL. Llevándote á tu casa.

ELISA. No, querida tia. ¿Quién podrá soportar las reconvenciones de aquellos ancianos?

ISABEL. Serán justas, y preferibles al enojo de mi marido. Las consecuencias serian mucho peores. ¿Pero qué juicio es el tuyo para preferir el galanteo de ese pollo ridículo, á la formalidad de Salvatierra?

ELISA. No hay término de comparacion entre un ser vulgar y prosáico, y un jóven ideal, sensible y poeta.

ISABEL. No digas más desatinos, y pensemos en la manera de

salir de este compromiso. Ya te he dicho que espero á mi marido por instantes; que pueden venir los abuelos alborotando y revelando el suceso. Si te mando con Valentina...

ELISA. Con usted, querida tia; con usted, cuya voz insinuante y persuasiva aplacará el enojo de aquellos venerables ancianos.

ISABEL. Puesto que no hay otro remedio voy á ponerme la mantilla. (Suena la campanilla.) ¡Ese debe de ser mi marido!

ELISA. ¡Qué fatalidad!

ISABEL. No hay tiempo para nada.

ELISA. ¿Qué hago?

ISABEL. Esconderte en este aposento. (Señalando á la primera puerta izquierda.)

ELISA. ¿No hay otro arbitrio?

ISABEL. (Empujándola.) Ninguno. Cierra por dentro.

ELISA. (Entrando.) ¡Pepe! ¿Hasta dónde me has conducido?

ESCENA XI.

ISABEL, VALENTINA, que sale corriendo por la puerta del foro.

ISABEL. ¿Es mi marido?

VAL. Sí, señora.

ISABEL. Estoy muy azorada y necesito reponerme. Saldré dentro de un momento. (Váse por la segunda puerta izquierda, y salen por el foro Fernando y Sotillo con maleta y saco de noche.)

ESCENA XII.

VALENTINA, FERNANDO, SOTILLO.

FERN. (Á Valentina.) ¿Supongo que serás la fámula de esta casa.

VAL. ¿La qué?

SOTILLO. Pregunta mi amo, si es usted la criada de esta casa?

VAL. ¡Ah! si, señor. Soy doncella.

FERN. (Á Sotillo.) ¿Lo es efectivamente?

VAL. ¿Doncella?... Ella lo dice...

FERN. (Á Valentina.) Recoge los bultos que trae Sotillo, y colócalos en mi despacho.

SOTILLO. (Entregando el equipaje.) Tome usted estos adminículos. (Bajo á Valentina.) No me ha dado tiempo para llegar al cuartel!

FERN. Y da parte á mi esposa de mi llegada.

VAL. Está muy bien. (Váse por la segunda puerta izquierda y vuelve á salir sin el equipaje, y entra por la de foro.)

ESCENA XIII.

FERNANDO, SOTILLO.

FERN (Sacando unos papeles.) Sotillo!

SOTILLO. ¡Señor!

FERN. Sin pérdida de tiempo vas á casa de don Juan Salvatierra y le dices que venga corriendo á verme; que le llamo con urgencia para un asunto de interés.

SOTILLO. Voy corriendo. (Ap.) De regreso entraré en el cuartel.

ESCENA XIV.

FERNANDO, luego ISABEL.

FERN. (Colocando los papeles sobre la mesa.) Le entregaremos las cartas que me ha dado su padre. ¿Pero qué hace mi mujer que no ha salido á recibirme? Pero bien sabia... Aquí viene.

ISABEL. Querido Fernando! (Se abrazan.)

FERN. Ya estaba yo acusando tu tardanza. ¿Por qué no has venido ántes?

ISABEL. (Cortada.) Estaba... arreglando... es decir, dando disposiciones... Tu llegada exigia que yo... pues...—Vienes más grueso. Se conoce que te han probado bien los aires de Valencia.

FERN. Yo tambien te encuentro más rejuvenecida. Se conoce que la separacion te robustece y te... ¿Te has acordado mucho de mí?

ISABEL. ¿Qué preguntas tienes? Eso no se pregunta. ¿Y tú, te has acordado de tu esposa?

FERN. ¡Qué cosas tienes!... Eso no se pregunta.

ISALEL. Caí en el anzuelo... te has vengado... (Dándole con la mano en la mejilla.) ¡Picarillo!

FERN. (Ap.) ¡Qué zalamerita está mi consorte!

ISABEL. ¿Qué tienes? ¿Te importunan las caricias de tu mujer?

FERN. No por cierto... pero observo en cuanto haces una especie de agitacion... y extraño...

ISABEL. ¿Es por ventura la primera vez que te acaricio?

FERN. No; pero hoy me acaricias de una manera... esas palmaditas en la mejilla... Tus caricias no han sido nunca tan... delicadas...

ISABEL. ¿Qué estás diciendo?

FERN Sí, querida; tus demostraciones han sido siempre más espontáneas.

ISABEL. ¡Cómo!

FERN. Más naturales.

ISABEL. ¿Pues qué quieres que haga? ¿Empezamos ya? ¿Sigues siendo tan celoso como ántes?

FERN. ¿Yo celoso? ¿Y por qué?

ISABEL. Vamos, desalíjate un poco de la ropa de viaje (Quitándole la cartera.) para que te pongas otra. (Quitándole el chaquet.) Ahora te sacaré la bata. Despójate tambien del chaleco. (Se lo quita.) Ahora siéntate en esa silla. (Le sienta) Quéjate de tu mujercita, que está haciendo contigo oficio de ayuda de cámara. ¡Cuántos hombres envidiarán una mujer como la tuya, que te cuida, que te mima. (Recogiendo el chaquet, el chaleco y la cartera.) No te muevas de la silla, que pronto vengo con la otra ropa... No te muevas, no quiero que andes por la sala en mangas de camisa. (Váse.)

ESCENA XV.

FERNANDO.

Creí que iba á dejarme en calzoncillos. Pero... ¡qué amable está mi adorada consorte! Nunca la he visto tan solícita y tan preventiva. La he hallado sobresaltada y... (Arrojan por la ventana un objeto envuelto en un papel que cae en medio de la sala.) ¿Qué es esto? (De pie.) ¿Qué han tirado desde la calle? (Recoge el papel, lo desdobla y mira un guardapelo.) ¡Un guardapelo! ¡Qué mensajero tan extraño! El papel está escrito! ¡No tiene firma! ¿Si habré llegado á mi casa en un momento desgraciado? Leamos. (Lee.) «El apresuramiento con que me ví obligado »á salir de esa casa hace poco, me impidió devolver á »usted la adjunta prenda.» (Habla.) La adjunta prenda es este guardapelo. (Analizándolo.) ¡Y tiene pelos el guardapelo!... ¡Y yo conozco estos pelos! ¿Qué marido no conoce el pelo de su mujer?... Dice que salió apresurado hace poco... ¿Luego estaba aquí cuando llegué y escapó... Hé aquí explicado el motivo de tantas caricias. ¿Por qué lo extrañaba yo? ¡Porque el corazon me lo decia! Prosigamos. (Lee.) «El hombre que esta noche »ha interrumpido nuestro coloquio amoroso, tiene »iguales derechos á los favores que usted me ha concedido.» (Habla y pasea con agitacion.) ¡En amoroso coloquio! ¡Le ha concedido favores! Meditaré una venganza terrible! ¡Ahora comprendo y justifico la barbaridad de Otelo! (En actitud trágica.) ¡Yo tambien como él blandiré el puñal homicida!... Pero acabemos la lectura de la carta. (Lee.) «Indique usted dónde hemos de vernos »en adelante para explicarnos y evitar interrupciones »análogas á las de anoche. Su celoso y apasionado »amante.» (Habla.) No dice más. Resolucion, y meditemos una venganza semejante á la del médico de su honra. ¡Mujer pérfida! (Paseando.) ¡Mujeres! ¡Mujeres! Guardemos este precioso documento! (Hace la demostracion

de guardarlo en el bolsillo de pecho del chaquet.) No tengo bolsillos, estoy en mangas de camisa. Aquí. (Lo guarda en el bolsillo del pantalon.) Y el guardapelo. (Pasea con agitacion.) ¡Sigilo! ¡Prudencia, y averigüemos primeramente quién es mi rival.

ESCENA XVI.

FERNANDO, ISABEL, que sale con una bata, un gorro, y unas zapatillas.

ISABEL. ¿He tardado?

FERN. (Ap.) Desimulemos.

ISABEL. Ponte las zapatillas pronto, que puedes resfriarte. (Mostrándole las zapatillas.) Pero ántes, míralas despacio.

FERN. (Gravedad ridícula.) ¿Para qué?

ISABEL. Son nuevas... nuevecitas.

FERN. ¿Y qué?

ISABEL. Te las he bordado yo.

FERN. ¿Tú?

ISABEL. Yo; durante tu ausencia, para estar siempre acordándome de tí... Para darte una sorpresa en el momento que llegaras.

FERN. ¿Conque me tenias reservada una sorpresa?

ISABEL. Sí; una sorpresa.

FERN. (Ap.) No es floja la que yo te preparo.

ISABEL. ¿Qué te parecen los adornos? No observas nada.

FERN. ¿Los adornos?

ISABEL. Yo tengo siempre un placer en adornar los piés de mi marido. (Mostrándole el gorro.) Mira el gorro que te he bordado durante tu ausencia.

FERN. ¿Un gorro?

ISABEL. Para estar siempre pensando en mi marido.

FERN. (Ap.) ¡Pérfida!

ISAREL. Tambien tiene adornos... ¿Te gustan?

FERN. Sí.

ISABEL. Ocioso será decirte que he tenido un placer...

FERN. ¿En adornar la cabeza de tu marido?

ISABEL. El gorro.

FERN. ¡Ya!

ISABEL. Deja que te lo ponga.

FERN. (Quitándole el gorro de la mano.) No es necesario; yo me lo pondré.

ISABEL. (Sorprendida.) ¿Qué tienes?

FERN. Nada. (Ap.) No conviene darme por entendido.

ISABEL. Te encuentro no sé cómo... Observo en tí...

FERN. No temas nada.

ISABEL. ¿No te pones la bata?

FERN. Me pondré la bata. (Se la pone, é Isabel le ayuda.)

ISABEL. (Ap.) Si habrá sospechado... Preguntaré con maña. (Alto.) Tú tienes algo, Fernando; á mí no me engañas.

FERN. ¿Te acusa la conciencia de alguna cosa?

ISABEL. ¿Á mí?... de nada.

FERN. (Ap.) Se ha turbado. (Alto.) Pues entónces ¿para qué sospechas?...

ISABEL. ¿Quién sabe si algun error involuntario?...

FERN. Prepárame de cenar; el viaje me ha abierto el apetito.

ISABEL. Corriente; diré á Valentina... ¿Por qué no vienes á mi gabinete y descansas. Vendrás cansado y necesitarás reposo.

FERN. No puedo moverme de la sala.

ISABEL. (Ap.) Mal podré entónces hacer que se escape Elisa. (Alto.) Anda; ven á acompañarme; no me dejes sola.

FERN. No puede ser; espero á Salvatierra.

ISABEL. (Sorprendida.) ¡Á Salvatierra?

FERN. (Reparando.) Te sorprende que espere á Salvatierra?

ISABEL. (Ap.) ¿Si le habrá referido el suceso ántes de llegar á casa y por eso...

FERN. ¿No me respondes?

ISABEL. ¿Has visto á Salvatierra ántes de llegar aquí?

FERN. No... ¿Por qué es esa pregunta?

ISABEL. Por nada... ¿Conque te preparo la cena?

FERN. Sí, prepárame la cena.

ISABEL. Pues ya que no quieres acompañarme... (Con mimo.)

hasta luego, maridito mio. (Poniéndole el dedo en la barba.) No te olvido. (Váse y Fernando la mira salir abismado.)

ESCENA XVII.

FERNANDO, luégo SOTILLO.

FERN. (Saliendo bruscamente de su anterior actitud.) ¿Se estará burlando de mí esta mujer inícua? ¿Y por qué se ha sorprendido cuando hablé de Salvatierra? ¿Por qué me preguntó?...

SOTILLO. Detrás de mi autonomía viene el señor Salvatierra. (Ap.) El cuartel cerrado; no me dejan entrar.

FERN. Me alegro.

SOTILLO. Cuando le dije que usted le llamaba con urgencia, se puso pálido como un cadáver.

FERN. ¿Se puso pálido?

SOTILLO. Sí señor, muy pálido.

FERN. ¡Ciertos son los toros!

SOTILLO. ¿De qué toros habla usted?

FERN. (Cogiéndole de la mano.) Tú debes saber algo .. Dime lo que sepas... Tú no eres lerdo y debes haber conocido... ¿Qué ha pasado en mi casa durante mi ansencia? ¿Qué has notado?

SOTILLO. Señor, yo no he notado nada de particular; yo no me he ocupado más que de mis quehaceres... y de la niña.

FERN. ¿De qué niña?

SOTILLO. (Riendo.) De la cotorra... La estoy enseñando á hablar.. y ya dice: «¡Salga el toro, salga el toro, salga el toro!» (Cantando.)

FERN. (Ap.) Si estará tambien mi criado burlándose de mí?

SOTILLO. Aquí se acerca el señor de Salvatierra.

FERN. Vete y déjame sólo con él.

SOTILLO. (Ap.) Corro á ver si el oficial de la prevencion consiente...

FERN. ¿Por qué se ha puesto pálido Salvatierra? ¿Por qué mi mujer se sobrecogió al escuchar su nombre? Averigüemos con maña.

ESCENA XVIII.

FERNANDO, SALVATIERRA.

SALV. (Ap.) Ha sabido el lance y por eso me llama. No hay más remedio que confesar el delito.

FERN. (Ap.) Entra cortado. Su timidez le hace reo. (Alto.) Acércate, hombre. (Ap.) Fingiremos amabilidad para que sea franco. (Alto.) Tu padre, á quien he visto en Valencia, me ha dado unos papeles, que luégo entregaré, y dinero; y le he dicho que eras muy aplicado, que ganarias tu curso, y que me respetabas como á un padre, y que jamás me habias dado un pesar... ¿Crees tú que he hecho bien en recomendarte de ese modo? ¿Supones que he dicho la verdad?

SALV. (Con timidez y compungido) Señor don Fernando... yo... ¿Usted ha sabido algo?... Por eso me habla usted de esa manera.

FERN. (Ap.) ¡Va á cantar! ¡Qué gusto!

SALV. ¿Es verdad que usted ha sabido?. .

FERN. Sí; pero necesito más pormenores. Deja que cierre esta puerta para que nadie nos interrumpa. (Ap y cerrando la puerta segunda izquierda.) ¡Va á cantar! ¡Qué gusto!

SALV. (Ap.) Estoy resuelto á decírselo todo.

FERN. Vamos; ven acá. (Asiéndole de la mano.) Háblame con franqueza. No me ocultes nada. Yo tambien he sido muchacho, ¡qué diablos! Yo de nada me asusto... Conque dispara; no tengas miedo.

SALV. (Ap.) No le creí tan propicio...

FERN. Conque ánimo... ya te escucho.

SALV. ¿No va usted á enfadarse?

FERN. De ninguna manera. Habla.

SALV. Le ha dicho á usted algo su mujer?

FERN. Nada; ni yo la he preguntado.

SALV. ¿Entónces quién le ha informado?...

FERN. Eso no hace al caso. Qué te importa que haya sido ella ó no?

SALV. Importa mucho; sí señor. Porque hablando con lisura, ella ha tenido la culpa.

FERN. ¡Cómo!

SALV. Sí señor. Le juro á usted que cuando se fué á Valencia, ni remotamente habia yo concebido la idea... no pensaba más que en mis libros; pero doña Isabel me instigaba...

FERN. ¿Ella te instigaba?

SALV. Sí señor, ella. Y como es tan persuasiva y tan insinuante, y uno no es de mármol...

FERN. ¡Cierto! (Ap.) ¡Cómo canta! ¡Qué gusto! (Alto.) Prosigue, querido.

SALV. Yo al principio me resistia; le objetaba, diciéndole: «Mire usted que tengo miedo de enamorarme de veras, y si esto sucede, soy muy atroz.»

FERN. Ya, tú eres atroz cuando te enamoras?

SALV. (Con fuego.) ¡Sí señor; muy atroz!

FERN. ¿Y te enamoraste de ella?

SALV. (Con calor.) ¡Hasta la médula de los huesos!

FERN. ¡Caramelo! (Dando un brinco.)

SALV. (Temeroso.) ¿Se enoja usted?

FERN. De ningun modo. Continúa.

SALV. Otras veces le decia: «Mire usted que puede saberlo su marido, y no le gustará...» Porque yo suponia buenamente que á usted no habian de gustarle esas relaciones.

FERN. Tú suponias juiciosamente. ¿Y ella qué respondia?

SALV. Ella contestaba: «No tenga usted cuidado. Mi marido verá que es usted rico, bien parecido, y como los duelos con pan son ménos...»

FERN. ¡Eso decia! ¡Infame!

SALV. No la dé usted ese calificativo... Su esposa de usted, al referirse á mis riquezas, no cometia ningun desacierto.

FERN. ¡Cómo!

SALV. ¿Presume usted que yo dejaria de recompensar con creces al hombre que me proporcionaba...

FERN. ¡Caballerito! (Furioso.)

SALV. ¿Se enoja usted? (Temblando.)

FERN. (Ap.) ¿Será inocencia ó pillería? Hagamos de tripas corazon. Prosigue.

SALV. ¿Qué más quiere usted que le diga?

FERN. (Sacando la carta y el guardapelo.) ¿Por qué has tirado esta noche por esa ventana esta carta y este guardapelo?

SALV. Esas son cosas del otro.

FERN. ¿Qué otro?

SALV. Pares-y-Nones.

FERN. ¿Pares-y-Nones?

SALV. Sí señor. ¿Pues qué usted no lo sabia? Pares-y-Nones; un imberbe ridículo, escribiente de Estancadas, que compone tragedias. Un muñeco que es el hazme reir de todo el mundo...

FERN. ¡Conque son dos!

SALV. Dos, sí señor; á los dos nos estaba engañando. Por eso ha sido el escándalo de esta noche. Los he sorprendido juntos en amable coloquio...

FERN. ¿Y qué has hecho?

SALV. Abofetearle; arañarle la cara...

FERN. ¿Y ella qué hizo?

SALV. Meterse en un coche y venir aquí corriendo acompañada de Pares-y-Nones.

FERN. ¿Luego no ha sido este el sitio de la sorpresa?

SALV. No, señor; en la calle de Jardines...

FERN. (Interrumpiéndole.) No sigas adelante. (Llaman á la puerta segunda izquierda.) Busca á ese hombre, ó indaga por lo ménos dónde vive, y ven á decírmelo. Vete para que mi mujer no te vea.

SALV. Haré lo que dice. (Ap.) Escapé mejor de lo que esperaba. (Váse.)

FERN. ¡Los tres morirán! (Abre la puerta.)

ESCENA XIX

FERNANDO, ISABEL.

ISABEL. ¿Por qué te has encerrado?

FERN. ¿Á qué has venido?

ISABEL. Á decirte que tienes preparada la cena.

FERN (Paseando.) No tengo apetito.

ISABEL. ¿Qué tienes, Fernando?

FERN. Nada... Déjame solo. Estoy meditando un proyecto y necesito soledad.

ISABEL. (Ap.) Si habrá venido Salvatierra y habrá sabido la ocurrencia... Indagaré con maña, porque he creido oir su voz.

FERN. ¿Todavía está, aquí? ¿No te he dicho que te vayas?

ISABEL. (Ap.) Procuremos aplacar su enojo. (Acercándose con sonrisa de cariño.) ¿Con quién hablabas cuando llamé á la puerta?

FERN. ¿Con quién hablaba?

ISABEL. Sí; tú hablabas con una persona, y he creido conocer su voz.

FERN. Entónces, para qué lo preguntas?

ISABEL. Para que tú lo afirmaras... ¿Has hablado con Salvatierra? (Acariciándole.) No me lo niegues. ¿Á que has hablado con Salvatierra?

FERN. (Desviándola.) No seas tan pegajosa, que no está la madera para hacer cucharas.

ISABEL. ¿Estás enojado? ¿Te ha revelado quizás?..,

FERN. ¿Y no tiembla usted al sospecharlo, señora?

ISABEL. (Riendo.) Oh! qué actitud tan trágica! ¡Vaya! vaya! Sé más indulgente, y no des importancia á una cosa que no la tiene.

FERN. ¿Habráse visto mayor cinismo? ¡Á que anticipo mi venganza!

ISABEL. ¿Contra quién?

FERN. (Cogiéndola de la mano y arrebatado.) ¡Contra usted, contra Salvatierra, contra Pares-y-Nones, contra todo el mundo, porque me estorba el mundo. Sí, ya que usted no ignora lo que yo tampoco ignoro, prepárense ustedes á la catástrofe...

ISABEL. (Aturdida.) ¿Pero qué estás diciendo? Modera tu arrebato.

FERN. He sabido que usted ha sido la incitadora para que Salvatierra se declarase... ¿Lo negará usted?

ISABEL. No lo niego. Pero lo hice suponiendo tu aprobacion.

FERN. ¡Cómo mi aprobacion!

ISABEL. Es muy rico, es bien parecido...

FERN. (Cogiendo una silla.) ¡Llegó tu hora fatal!

ISABEL. (Huyendo.) ¡Socorro! (Entra por la segunda puerta izquierda y Fernando detrás.)

ESCENA XX.

ELISA, luégo VALENTINA.

ELISA. (Saliendo de la primera puerta izquierda.) He oido los gritos de mi tio. Ya debo escapar y ausentarme de esta casa. (Se dispone á salir por el foro y aparece Valentina.) ¡Valentina!

VAL. Á dónde va usted, señorita?

ELISA. ¿No has escuchado?

VAL. Sí; por eso he venido...

ELISA. Yo debo huir. Temo á mi tio.

VAL. ¡Él se acerca! Escóndase usted corriendo aquí.

ELISA. ¡El cielo me valga! (Entra por la puerta de la derecha y se encierra por dentro.)

ESCENA XXI.

FERNANDO, VALENTINA.

FERN. (Se ha encerrado.) La ira me ciega! No van á dejar que yo medite con reposo mi venganza. Yo no debo escandalizar. Recuerdo á Calderon. «Á secreto agravio, secreta venganza.» Pero no, el agravio no ha sido secreto. Salvatierra dice...

VAL. ¿Qué ha pasado, señorito?

FERN. ¿Qué buscas?

VAL. Nada... escuché gritar á la señorita...

FERN. Ven acá.

VAL. (Acercándose.) Ya me acerco... ¡Jesus, qué cara!

FERN. ¿Qué tiene mi cara?
VAL. ¡Causa miedo! ¡Sus ojos de usted despiden!...
FERN. ¿Qué despiden mis ojos?
VAL. ¡Centellas!
FERN. Me he convertido en Júpiter tonante y despido rayos y centellas! ¿Serás tú tambien, por ventura, cómplice en la odiosa trama?
VAL. ¿Qué trama?
FERN. ¿Conoces á Pares-y-Nones?
VAL. (Ap.) No sé qué responder... (Alto.) ¿Por qué me hace usted esa pregunta?
FERN. Esa interrogacion evasiva me denuncia tu complicidad... Te has cortado. Todos, todos están enterados de la iniquidad, de la perfidia de mi mujer.
VAL. (Ap.) Lo sabe todo. (Alto.) Señorito, no se sofoque usted... póngase usted en la razon; yo en el lugar de su mujer de usted hubiera hecho otro tanto.
FERN. ¿Qué es lo que sucede esta noche en mi casa? ¡El ultraje mayor que puede hacerse á un hombre pasa aquí como moneda corriente! ¿Se habrán trasformado las costumbres sociales de Madrid durante mi susencia? (Á Valentina.) ¿Conque es decir, que tú conoces á Pares-y-Nones.
VAL. Sí, señor. Y en este momento pasea la calle y me ha dicho que quiere entrar para hablar con la señorita.
FERN. ¿Sí? Dile que pase.
VAL. Señorito; no le maltrate usted. Es un infeliz.
FERN. No voy á hacerle nada; pero quiero conocerlo. Dile que pase.
VAL. ¿Promete usted?...
FERN. ¡Haga usted lo que se le manda!
VAL. Obedezco. (Váse por el foro.)

ESCENA XXII.

FERNANDO, luégo PEPITO.

FERN. Conoceré á mi rival; veré lo que me dice... (Registrándo-

de los bolsillos del pantalon.) Aquí tengo la carta y el guardapelo. Le confundiré, si niega, mostrándole el cuerpo del delito.

PEPITO. (Que sale con el sombrero prestado en la mano.) Felices noches. (Deteniéndose al ver á Fernando.) ¡Qué cara!—Beso á usted... (Silencio.)

FERN. ¿Qué es lo que quiere usted besarme?

PEPITO. Puede usted comprender, que yo nunca llevaria al terreno de la práctica, lo que la sociedad reconoce como una mera fórmula.

FERN. (Contemplándole de arriba á bajo con los brazos cruzados.) ¡Es hasta dónde puede llegar la aberracion humana!

PEPITO. (Confuso.) ¿Cómo aberracion humana? ¡Caballero!

FERN. (En la misma actitud.) ¿Y este muñeco?...

PEPITO. ¿Qué muñeco es ese, caballero?

FERN. ¿Á quién busca usted?

PEPITO. Á la dueña de la casa, para devolverle esta prendas (Mostrando el sombrero.) Este sombrero que tuvo la galantería de proporcionarme á fin de que no llevase la cabeza desnuda...

FERN. Pues ¿y su sombrero de usted?

PEPITO. Se extravió en una refriega...

FERN. (Tomando el sombrero y observándole.) Deme usted ese sombrero.

PEPITO. Analícele usted, caballero. Es una prenda de gusto.

FERN. (Arrojando el sombrero.) ¡No estoy para bromas! Este sombrero es mio.

PEPITO. ¡Es una alhaja!

FERN. ¿Cómó se llama usted?

PEPITO. Pepito, Pares-y-Nones, funcionario público, escribiente de la direccion de Estancadas con tres mil reales ánuos y con el descuento del cinco por ciento para auxiliar las cargas del Estado...

FERN. ¡Basta!

PEPITO. Cierro el pico.

FERN. (Coge con violencia una silla y Pepe retrocede asustado.) ¿Por qué huye usted?

PEPITO. Imaginé que iba usted á practicar algun ejercicio.

FERN. He cogido esta silla para sentarme.

PEPITO. Bien hecho... El reposo es conveniente...

FERN. ¡Y quiero que usted se siente á mi lado!

PEPITO. ¿Á su lado de usted? (Buscando una silla.) Voy á complacerle. (Ap.) Este preliminar me tiene poco tranquilo. (Se sienta con recelo.)

FERN. Acérquese usted más.

PEPITO. (Aproximándose.) Con mucho gusto.

FERN. (Metiendo la mano en el bolsillo del pantalon.) Voy á enseñar á usted una cosa.

PEPITO. (Ap.) ¿Qué va á enseñarme este hombre?

FERN. (Sacando la carta y el guardapelo.) ¿Conoce usted estas prendas?

PEPITO. (Mirándolas.) Sí señor. (Ap.) Aquí va á pasar algo feo.

FERN. Pues si usted conoce estos objetos, tengo derecho para buscar una soga y colgarle de una viga.

PEPITO. ¿Y cuál es mi delito para ser estrangulado?

FERN. ¿Sabe usted lo que yo soy?

PEPITO. Un verdugo del antiguo sistema.

FERN. No señor; soy un marido ofendido, y sediento de venganza.

PEPITO. ¿Cómo marido?

FERN. Sí señor, la villana, la traidora, á quien usted devuelve estos objetos, y que tambien morirá ahorcada...

PEPITO. (Ap.) ¡Qué aficionado es este hombre á colgar!

FERN. ¡Esa infame, es mi mujer!

PEPITO. ¿La mujer de usted?

FERN. Sí señor.

PEPITO. Caballero; eso no puede ser.

FERN. (De pie y furioso.) ¿Se atreve usted á negarlo?

PEPITO. (De pie y temeroso.) No se altere usted, señor don... ¿Cómo es su gracia de usted?

FERN. ¡Fernando Miramoncura!

PEPITO. Pues no se altere usted, señor don Fernando Mírame á oscuras.

FERN. ¡Miramoncura! (Gritando.)

PEPITO. Calma, amigo mio, calma, reposo, para penetrar de lleno en el terreno de las explicaciones. Los hombres de mi temple...

FERN. ¿Habráse visto zascandil semejante? Tambien quiere tener temple.

PEPITO. ¿Y por qué no, señor Mírame á oscuras?

FERN. (Amenazando.) ¡Como vuelva usted á equivocar mi apellido, le rompo el bautismo! ¿Se está usted burlando de mí?

PEPITO. Nada de eso, caballero. Los hombres de mi temple no acostumbran á...

FERN. (Empujándole con violencia.) ¡Vaya usted enhoramala con su temple y su...

PEPITO. Caballero, yo no puedo permitir que usted argumente de ese modo tan poco cortés y desusado.

FERN. Yo argumento como me dá la gana, como se me antoja.

PEPITO. Pues tiene usted antojos poco civiles.

FERN. Al hecho. Las explicaciones que usted ha prometido.

PEPITO. Voy á darlas. Es verdad que he tenido relaciones amorosas con esa jóven; no lo niego; los hombres de mi temple no niegan...

FERN. (Alzando la voz.) ¡Al grano!

PEPITO. Mis paréntesis no son paja. Pues bien; yo ignoraba la existencia de ese vínculo; creí que esa señorita fuese libre.

FERN. (Gritando.) ¡Usted miente!

PEPITO. (Alterado.) ¡Los hombres de mi temple!...

FERN. (Cogiéndole por el pescuezo com ambas manos.) ¡Si repite usted esa frase!...

PEPITO. Ya no la repito... Suélteme usted. (Ap.) ¡Pues me ha venido Dios á ver con este rinoceronte!

FERN. Prosiga usted.

PEPITO. ¿Tengo ya expedito el uso de la palabra?

FERN. Dice usted que ignoraba...

PEPITO. ¡Lo juro!

FERN. (Sacando la carta.) ¡Venga usted acá, perjuro! ¿Es de usted esta carta?

PEPITO. Mia.

FERN. ¿Reconoce usted su letra?

PEPITO. La reconozco. Letra inglesa, rasgueada y...

FERN. ¡Que se calle usted la boca!

PEPITO. Soy mudo.

FERN. Entre otras cosas, dice usted aquí lo siguiente: (Lee.) «El hombre que esta noche ha interrumpido nuestro coloquio amoroso, tiene iguales derechos á los favores que usted me ha concedido.» (Habla.) ¿Qué me dice usted ahora?

PEPITO. Que yo me referia al otro.

FERN. ¿Hay otro?

PEPITO. Sí señor; el que tuvo la avilantez de despedazarme la levita, de abollarme el sombrero y de arañarme la cara. (Mostrando la cara.) Repare usted las labores de mi mejilla.

FERN. Ya... ¿Usted se refiere á Salvatierra?

PEPITO. Al mismo. ¿Le conoce usted?

FERN. Sí señor. (Llevándoselo á un lado y preguntándole con misterio.) ¿Y qué favores han sido esos de que usted habla en esta epístola?

PEPITO. Viva usted tranquilo sobre ese punto... Porque como yo la creia soltera...

FERN. De modo, que si usted hubiera sabido que era casada?...

PEPITO. (Sonrisa maligna.) Entónces... (Frotándose las manos.) Póngase usted en mi lugar, señor Mírame á oscuras.

FERN. (Cogiéndole por el pescuezo.) ¡Insolente! ¡Llegó tu hora fatal!

PEPITO. ¡Socorro! ¡favor!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, SALVATIERRA, luégo ISABEL, VALENTINA, SOTILLO.

SALV. (Acudiendo para interponerse.) ¿Qué hace usted?

PEPITO. ¡Favor!

FERN. Morirá á mis manos.

SALV. (Separándolos.) Perdónele usted.

FERN. (Amenazando á Salvatierra.) ¡Y tú tambien! ¡Venga un palo, un sable, un rewolver, un cañon! (Recorriendo la escena y Pepe huyendo.)

VAL. ¿Qué sucede en esta casa?

FERN. (Á Valentina.) Tambien esta morirá. ¡Nadie sale hasta que yo sacie mi furia! (Entorna la puerta del foro. Todos recorren la escena con agitacion.)

PEPITO. ¿En dónde me he metido?

SALV. (Dando un bofeton á Pepe.) ¡Usted tiene la culpa!

PEPITO. ¡Caballero!

FERN. (Dándole otro bofeton.) ¡Aquí nadie levanta la mano más que yo!

PEPITO. ¡Este es un fuego graneado!

ISABEL. (Saliendo por la puerta segunda izquierda.) ¿Se ha vuelto loco mi marido?

FERN. ¡Tambien tú morirás! Sí, la primera! (Cogiéndola de la mano.)

ISABEL. Modera tu arrebato, que todo lo escuché desde allí, y voy á confundirte con la presencia de una persona.

FERN. ¿De quién?

ISABEL. Ahora lo verás. (Abre la primera puerta izquierda.) ¡No está!

FERN. ¿Quién?

ISABEL. Tu sobrina... La niña. (Sale Sotillo.) Sotillo, ¿en dónde está la niña?

SOTILLO. No se apuren ustedes. Se queda esta noche á dormir con el tambor mayor en el cuartel de enfrente.

ISABEL. ¿Qué estás diciendo?

FERN. ¡Insolente!

VAL. ¡Este majadero se refiere á la cotorra!

FERN. ¿Pero dónde está Elisa?

ELISA. (Saliendo.) Aquí, tio.

ISABEL. Tu sobrina ha quebrantado el precepto que la dictaste... Ha venido á casa, considerándola como un refugio al escándalo de esta noche. Está arrepentida de su ligereza y acepta la mano de Salvatierra. ¿La perdonas?

FERN. La perdono.

ISABEL. Absolucion.
FERN. Concedida. Da la mano á Salvatierra.
PEPITO. ¡Y en mis hocicos! ¿Y lo tolero!
SALV. Tenga usted paciencia, ó de lo contrario... (Amenazando.)
PEPITO. Puntos suspensivos. Nada digo.
FERN. (Al público.)

Mi culpa está perdonada;
pero falta... ¡en conclusion,
público! Tu absolucion,
si la comedia te agrada.

FIN DE LA COMEDIA.

La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Llueven hijos.
Las dos madres.
La hija del Rey René.
Los extremos.
La frutera de Murillo.
La cantinera.
La venganza de Catana.
La marquesita.
La novela de la vida.
La torre de Garan.
La nave sin piloto.
Los amigos.
La judía en el campamento, ó Lglorias de Africa.
Los criados.
Los caballeros de la niebla.
La escala de matrimonio.
La torre de Babel.
La caza del gallo.
La desobediencia.
La buena alhaja.
La niña mimada.
Los maridos (refundida.)
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y María.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.
Mártires de Polonia.
Marta!! ó la Emparedada.
Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósit de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Qué convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Rival y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabjar por cuenta ajena.
Tod unos.
Torbellino.
Unamor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retratro á quemarropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.
Ardides y cuchilladas
Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céfiro y Flora.
D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor,
Don Pascual,
El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja (*Música.*)
El vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El colegial.
El último mono.
El primer vuelo de un pollo
Entre Pinto y Valdemoro.
El magnetismo... ¡animal!
El califa de la calle Mayor.
En las astas del toro.
El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera. (*Música.*)
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los llumeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquero y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J. Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. G. Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañía.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Foggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañía.
Haro.	P. Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	F. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda.
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.